

CONJURO

Álvaro Perdigón

NOSOTROS, los que sólo hemos heredado la fuerza de la palabra, los humanos más sencillos, los poetas, no tenemos otro consuelo que fijar la mirada y dejar que se nos haga un nudo en el sentimiento. Así, este Conjuero está escrito con los ojos clavados en el campo y en la huerta de Moratalla, Caravaca, Cehegín, Cieza, Archena, Ceutí, Lorquí, Ricote, Ojós, Blanca, Alguazas, Molina, La Ñora, Las Torres de Cotillas, Alcantarilla, Barqueros, Librilla, Alhama, Totana, Aledo, Beniel, Lorca y de todos los demás cielos, tierras y sueños de Murcia, de una Murcia que me rebosa el corazón, de unas gentes a las que debo la vida que me rodea por casi todas partes.

Doy en ello lo que soy y lo que tengo; devuelvo a la tierra desde lo más hondo de mí aquello que antes me puso ella en el alma.

Es tan sólo un acto de justicia y, si no lo creen, mírenme a los ojos y lo entenderán. Gracias a Murcia, que es mucho más que todos nosotros.

CONJURO

Yo, un hombre sin más,
un casi rostro cualquiera
al que le vuelan silencios en lo alto,
con un tal vez certero
atravesándole el corazón.

Conjuero a los poderes del poema,
a la antorcha mágica de los versos,
a los músculos de las palabras,
a la bruja de la «B» que vive en nube,
a la bisagra de la lejanía
que abre el baúl de las estrellas,
a cada huella de amanecer,
a los dedos del amor
que ponen mi idea en la tuya,

al lazo de aire
haciéndole labios a la tierra.

Ofrezco los sapos de mis ojos,
la tela de araña del pubis
de la mujer que amo y me ama,
la bofetada que dio mi padre
y todavía me hace ondas
en la superficie de la memoria,
el libro abierto del mar
donde hacen garabatos las gaviotas,
el más allá de mi sangre,
la vasija de azúcar de los sueños.

Pero, quede claro:
no persigo cielos indecisos
ni que nos bajen un bullicio de nada
de la alacena del aire.
Pido lluvia, paz para esta tierra,
no quiero remos de sol, pido redes de agua
donde atrapar el verde
como una pupila grande
de un rostro fértil.

Lo pido
por la tremulante tranquilidad de los chopos,
por la tierra en flor que levantan
las huesudas manos de los almendros,
por las pestañas de las moreras,
por los miriñaques de las habas,
por la vid y su silencioso proyecto,
por la piel de cada hoja
que pueda morir sin necesidad,
por el vientre de las tejas.

Sí, pido lluvia, paz para esta tierra.
Y si no lloviese
quédense con el inmenso llanto
de estas palabras de despedida.

Que así sea...